

esta comarca: fueron los más notables los molosos, a cuya cabeza estaban los eacidas, descendientes de Pirro, hijo de Aquiles. Su dinastía se libertó de la suerte común y sobrevivió a todas las demas, si bien no dominó a la Epiria entera hasta la época en que se juntó a los macedonios.

Educado en Atenas Arribas, uno de los reyes eacidas, instituyó un senado para poner límites a la autoridad régia. Desde entonces juraban las monarcas sobre el altar de Júpiter reinar con arreglo a las leyes, y en conformidad a lo que éstas prescribían; los representantes del pueblo juraban defender el Estado.

#### Las islas.

Grecia está rodeada de islas solitarias unas, otras en grupos, en el Mar Egeo, como las Cíclades y las Esporadas. Son las más famosas entre ellas: *Naxos*, consagrada a Baco, que enseñó a sus moradores el cultivo de la viña y de la higuera; *Andros*, que profesaba al mismo dios particular devoción, y veía en ciertas solemnidades convertirse en vino el agua de una fuente; *Melos*, patria del ateo Diágoras; *Tenos*, con el bosque y el templo de Neptuno; *Cos*, patria de Simónidas, de Baquilido y de Pródido; decían sus moradores: «*Todo el que no pueda vivir bien, deje de vivir mal;*» y cuando sentían desfallecer su espíritu y su cuerpo, juntaban a sus amigos en un banquete, y en medio de las copas y de las guirnaldas apuraban la mortal cicuta.

En *Paros* se ocupaba una multitud de esclavos en sacar mármoles blancos de las canteras del monte *Marpesio*: fué cuna de los pintores *Polignoto*, *Anesilao* y *Nicanor*, y del satírico *Arquiloco*.

*Lemnos* tenía funesto renombre entre los griegos por dos insignes desafueros. Habiendo ultrajado las mujeres a Venus, les hizo exhalar la diosa un olor tan fétido, que sus esposos prefirieron a las esclavas de Tracia; irritadas de semejante afrenta, los asesinaron y se gobernaron por sí solas hasta la época en que los argonautas abordaron a sus riberas. Posteriormente desembarcaron los lemnios cerca de Atenas, mientras se celebraba una fiesta y robaban cierto número de mujeres, como lo hicieron

los istriotas en Venecia; tuvieron hijos que, educados por sus madres en la lengua y en las artes de la Atica, amaron a las que les habían dado a luz con gran ternura: esto hizo que los lemnios asesinaran a madres e hijos. Tales son los horrores de Lemnos.

*Delos*, patria de Apolo, se dedicaba a un comercio sumamente activo; recibió un depósito durante la guerra médica, el tesoro común de la Grecia, que se puso bajo la protección de los dioses, y cada año enviaban los atenienses una nave con todo lo necesario para los juegos que allí se celebraban. A fin de purificarla se arrojaron de allí todos los cadáveres, mandándose que en lo sucesivo nadie pudiera nacer ni morir en su recinto; por eso las mujeres próximas al término de estar en cinta y los moribundos eran trasladados a la pequeña isla de *Renea*, que está muy inmediata. Aun cuando eran los persas enemigos de toda idolatría, respetaron la isla del Sol e hicieron ofrenda de trescientos talentos de incienso para que se quemara en honor del dios. Congregábanse en aquella isla las Asambleas generales de la Grecia, y sus moradores vivían con más seguridad bajo el amparo de Apolo que detrás de torres y murallas. Situada en el derrotero de Italia, ensanchó mucho su comercio, especialmente después de la caída de Corinto y de Cartago. Por último vino *Mitridates* a exterminarla.

La isla consagrada al dios de la luz, el punto de reunión de la Grecia era el principal depósito de los esclavos que robaban los piratas de todas las costas y con los cuales traficaban libremente.

*Creta*, patria de Júpiter, y *Chipre*, consagrada a Venus, más grandes y más célebres que las demas, estaban aisladas. Ocupadas primeramente estas islas por los fenicios, los carios, los etíopes, se hicieron luego independientes, y corrieron con igual fortuna a la de la tierra firme. Constituían sus diferentes ciudades otros tantos estados confederados recíprocamente. Posteriormente, cuando Atenas hubo adquirido la supremacía de la Grecia, se encontraron bajo su dependencia, si bien con el título de aliadas y conservando sus constituciones interiores.

Ya hemos hablado de la *Creta*; muchas de sus colonias se establecieron en las Cíclades

donde se habían ingerido primero los carios y después los helenos.

*Chipre*, reputada por la principal ciudad de origen etiópico, fué dominada largo tiempo por los fenicios; pero cuando *Salmanazar* asedió a *Tiro*, volvieron a levantar cabeza los griegos y sacudieron el yugo, conservando con ellos las mismas relaciones comerciales. Permaneció dividida en muchos pequeños estados, de los cuales nueve fueron tributarios de los egipcios, bajo *Amasis* (550), luego de los persas, bajo *Cambises* (525), conservando no, obstante, sus leyes y sus príncipes nacionales. Alternativamente fueron súbditos de los persas y rebeldes en contra suya durante la guerra médica y posteriormente. Sus reyes eran absolutos hasta el extremo de que *Paliapros*, tirano de *Cizio*, vendió a uno de sus súbditos la soberanía; servían las mujeres de estribo a la reina para subir a su carro, y *Nicocreonte*, tirano del *Salamina*, sin proceso de ninguna especie mandó moler en un mortero al filósofo *Anaxágoras*. Naturalmente germinaba la tiranía en un país donde se tributaban a Venus homenajes licenciosos. En cierto y señalados días eran enviadas a orillas del mar las doncellas para ganar allí su dote haciendo el sacrificio de su virginidad a la diosa. Entre aquella muchedumbre de divinidades era Venus la más atacada, y en las iniciaciones nocturnas se daba a los neófitos un puñado de sal y un falo; allí la prostitución era ritual. Su estensísimo comercio acreció de tal manera las riquezas, que cuando los romanos avasallaron aquel punto, no se abandonó el botín al general y al ejército como de costumbre, sino que fué trasladado a Roma, y nunca se ostentó allí un triunfo con más boato.

*Corcira*, la isla de los fenicios, celebrada en la *Odisea*, era una colonia de Corinto, con la que corría parejas en el tráfico, en las fuerzas navales y en la molición. Al estallar la guerra del Peloponeso, de que ella fué la principal causa, botó al mar ciento veinte buques de guerra.

La triangular *Egina* fué ocupada por una colonia de epidauros, fugitivos delante de los dorios; pero no bien sacudió el yugo, se engrandeció con el comercio y la marina, hasta el punto de sobrepujar a su rival Atenas. Se

había erigido en proverbio el espíritu mercantil de los eginotas, quienes fueron los primeros en sacar partido de sus metales y de los productos de su fértil territorio. Encerraba su ciudad magníficos edificios, siendo especialmente admirables los templos de Baco, de Diana, de Apolo, de Esculapio, de Venus, y más que todo el Panhelenio, erigido a expensas de toda la Grecia en honor de Júpiter, para cumplir un voto hecho en tiempo de una gran carestía, cinco siglos antes de J. C. Era hexástilo, periptero e íptero, manteniéndose entre el dórico severo de Corinto y de Sicione y el dórico pomposo de Pericles. Pero *Temistocles* descargó tal golpe sobre *Egina* que ya no volvió a levantarse nunca.

Cada ciudad de la Eubea tenía su gobierno propio; *Chalcis* y *Eretria* eran las principales. El poder pertenecía a los hipóbatos o ricos; *Chalcis* tuvo que prestar muchas veces obediencia a los tiranos.

Así, las islas de la Grecia estaban habitadas por una población aguerrida en el ejercicio de las armas, diestra en la navegación, gobernada por lo general aristocráticamente, que abandonaba las artes mecánicas a los esclavos cogidos en la guerra o comprados a los piratas que infestaban los vecinos mares, y se sentía animada por el sentimiento de la energía, de la personalidad, del amor a las riquezas, de las artes, del saber, y con especialidad de aquella aversión generosa al yugo extranjero, de la cual dió pruebas tan señaladas en la guerra contra los persas.

#### CAPITULO VII.

##### Guerra médica.

Hemos visto establecerse en la Grecia muchos pequeños estados unidos por lazos tan débiles, que al parecer jamás podían emprender en común nada que fuese grande. Sin embargo, los reunieron las circunstancias, y como Italia, dividida en tantas repúblicas como concejos, se sintió una y prepotente cuando *Barroja* amenazó su independencia, lo mismo hizo la Grecia viéndose amenazada por los schaes de Persia.

En concepto de los monarcas de Persia, los



pequeños estados contiguos á su vasto imperio debian ser sus satélites y vasallos. Luego que conquistaron la Lidia y se encontraron así en frente de la frontera de los jonios, Bias de Priene, uno de sus siete sabios, exhortó á éstos á que cruzasen los mares para pasar á la Cerdeña y conservar la libertad que corria peligro. Efectivamente, no hallándose de acuerdo una con otra, las numerosas colonias del Mar Egeo, limítrofes á la Lidia, ¿cómo era posible que resistieran á tan poderosos soberanos? Ya Ciro los habia amenazado, y como los de Esparta, que consideraban á los jonios como hermanos, le declarasen que les dejara en paz ó volverian contra él sus armas, les respondió que les daría tanto de que lamentarse en Europa, que no tuvieran tiempo de pensar en los asuntos de Asia. Puso obstáculo la muerte á sus proyectos; pero Darío, hijo de Histaspo, avasalló á los jonios, y dió por sátrapa de cada ciudad uno de sus principales ciudadanos, á fin de que el interés particular de éstos le respondiera de su celo en servirle.

Pasando entonces á Escitia echó un puente sobre el Danubio y destinó á su custodia sus sátrapas jonios, entregándoles una cuerda con sesenta nudos; segun sus órdenes debian desatar uno cada dia y no alejarse de aquel sitio hasta que estuvieran desatados todos. Hallábase entre ellos Milciades, descendiente de un ateniense del mismo nombre, que descontento de su patria en tiempo de Pisistrato, habia cedido á la invitacion de los tracios fundando una colonia en Chersoneso. Reconocido por el rey de Persia como señor del Chersoneso, si bien querido por los atenienses para quienes habia conquistado las islas de Imbros y de Lemnos, no bien supo que Darío habia zozobrado en su expedicion dijo: *Córtese el puente, Darío morirá de hambre y Grecia será libre.*

Mas prefiriendo Histieo de Mileto las dulzuras del mando se opuso á la ejecucion del proyecto, y Darío volvió sano y salvo á Persia con los residuos de sus tropas: Histieo llegó en la corte á un alto valimiento, si bien víctima en lo sucesivo del desprecio, recompensa ordinaria de los viles, pensó en cambiar el estado de las cosas y se entendió con Aristágoras su sobrino á quien habia encargado del gobierno de Mileto, para sublevar el Asia Menor contra los persas.

Efectivamente Aristágoras enarbola la bandera nacional, reúne en torno suyo á la juventud de Jonia armada con un mismo pensamiento y expulsa á los magistrados persas; hace más todavía: á fin de oponer al torrente asiático un elemento de union y fuerza, proclama la libertad, renuncia al poder y depone á los demas tiranos, y luego, á imitacion de Franklin en tiempo de nuestros padres, viene á Europa á implorar fraternales socorros contra el extranjero.

Dirigióse primeramente á Esparta donde reinaba solo Cleomeno (495), despues de haber arrojado del trono á su colega Demareto. Como tirano era del partido de los tiranos. Irritado Hippias contra Atenas que le habia arrancado de las manos el poder no hizo de la demanda de Aristágoras ningun caso. Fué mejor acogido por los atenienses entusiasmados todavía por haber recuperado su libertad y que no perdonaban á los persas haber dado asilo á Hippias alentando sus esperanzas; por otra parte estaban sobrecogidos de espanto viendo á Darío acercarse á Europa, pues si habia zozobrado en Escitia, se habia enseñoreado de la Tracia, habia sometido á la Macedonia, ocupado las islas de Imbros y de Lemnos, y tentado un golpe de mano sobre Naxos amenazando á la Eubea.

Prestaron, pues, de buen grado oidos á la peticion que se les dirigia, y habiendo equipado veinte buques á que se agregaron otros en el camino, desembocaron en Lidia, tomaron á Sardes, y la casualidad hizo que estallase un incendio. vuelto de su sorpresa el sátrapa Artaferno que residia en aquel punto, dió caza á los griegos y les mató mucha gente. Propagó la desunion en sus filas la adversa fortuna y más todavía el oro de los persas. Retiráronse descontentos los atenienses; Aristágoras é Histieo fueron condenados á muerte; y los persas para vengarse destruyeron á Mileto, avasallaron á Chios, Lesbos, Tenedos, y devastaron la Jonia, á excepcion de Samos, que fué la primera en volver á la obediencia. De esta manera se desvaneció aquella tentativa de libertad. No tardó la suavidad y dulzura de la dominacion de los vencedores en reparar los estragos que el Asia Menor habia experimentado; pero el espejo se habia roto y se acababa de enseñar á los persas el camino de Europa.

Tan vivamente habia herido á Darío el de-

sastre de Sardes, que todas las mañanas debia hacerle un cortesano el recuerdo de destruir á Atenas. Hippias atizaba el fuego representando á los ministros y al monarca la conquista de Grecia como una empresa no ménos fácil que gloriosa. ¡Hasta tal extremo predominaba en aquel degradado hijo de Pisistrato el anhelo de tornar al poder sobre el amor de la patria!

Con efecto, Darío encargó á Mardonio (493) que fuese á tomar venganza al frente de una poderosa flota y de un ejército numeroso. Pero una tempestad se tragó los buques junto al promontorio de Athos, y los tracios exterminaron á las tropas (491). No por eso dejó de persistir en sus proyectos el rey de Persia: mandó que dos heraldos intimaran á los griegos que le diesen la tierra y el agua, es decir, que se le sometieran. Al oír proposicion tan indigna los espartanos arrojaron á los heraldos á un pozo y se aprestaron á la pelea, pero lejos de manifestarse el mismo denuedo en toda la Grecia se apresuraron á la sumision todas las islas y muchas ciudades de tierra firme, entre ellas la poderosa Egina, tan inmediata á Atenas. El común peligro reconcilió á Atenas y á Esparta, que se reunieron en contra suya y le declararon guerra. Entretanto cerraba el nublado, y Darío movia multitud de hombres y de bajeles á las órdenes de Atis y de Artaferno. Guiados por los consejos de Hippias saquearon primeramente la Eretria, en la isla de Eubea, separada por un simple canal de Atenas, y sus moradores fueron trasladados á Andérica en la Suziana, donde seis siglos más tarde encontró Apolonio de Tyana á sus descendientes.

Viendo cerca tan gran peligro, envia Atenas á pedir socorro á sus aliados; pero intimidados en su mayor parte no osan poner los piés fuera de su territorio. Esparta promete enviar tropas para el plenilunio, época que la supersticion indicaba como favorable. A pesar de todo no se espanta Atenas; Milciades es quien le inspira aliento. Habiendo tenido que habérselas desde su más tierna edad con los persas no cabe medio de que su número le infunda susto. Sólo diez mil atenienses, á los cuales se habian agregado algunos esclavos, van á hacer frente en Maraton (29 de Setiembre de 490) á un ejército que al decir de los historiadores más moderados contaba décuplo número de persas. Asegu-

raron la victoria á los griegos la experiencia de Milciades, el desinterés de los demas generales que resignaron en sus manos su autoridad propia y el valor de todos y de cada uno de los guerreros; aquel triunfo costó la vida á multitud de enemigos y al mismo Hippias. Al dia siguiente llegaron dos mil espartanos, á quienes la luna nueva permitió emprender la marcha.

Aquel ejército formidable, que debia conducir á Suza encadenados á todos los atenienses, y que llevaba consigo un pedrusco de mármol, destinado á la ereccion de un monumento, fué puesto en derrota de tal modo, que sin volver siquiera á su campamento, huyó hácia sus navés. Envióse el mármol á Fidias, cuyo cincel lo trasformó en una Némesis: fueron levantados sepulcros á los muertos en el campo de batalla, y la victoria fué representada por el pincel en el Pæcilo, uno de los pórticos de Atenas. Milciades obtuvo por único galardón ser allí retratado á la cabeza de los demas generales, exhortando á los guerreros á la pelea. Como solicitará que se le adjudicase una corona de oliva, le fué disputada en la asamblea por Socares, quien le dijo: *Alcanzarás solo los honores cuando solo vencieres*; hasta este extremo se mostraban á la sazón avaros los atenienses de aquellos honores tan prodigados más tarde.

Inmediatamente llevó Milciades sesenta navés contra las islas para castigarlas de su falta de fé; pero habiendo alcanzado la expedicion mal éxito en Paros, fué acusado de traicion y condenado á pagar todos los gastos del armamento. Careciendo de suficiente hacienda, acabó sus dias preso. Tal fin tuvo el que habia preferido al poder en el Chersoneso la igualdad en su patria, el que habia vencido en Maraton y dado á Cimon vida, si bien estos ejemplos no deben causar extrañeza á quien ve la sociedad y conoce la historia.

Tambien habian visto pelear los campos de Maraton á Aristides que se señalaba por su politica desinteresada y por sus sentimientos de justicia, á la par que Temístocles acreditaba una actividad y un valor sin iguales; ambos fueron los verdaderos fundadores de la grandeza de Atenas. Si desde este momento parece que nos ocupamos más en hablar de ciertos hombres, consiste en que nos vemos obligados



á ello por la misma índole de las democracias poderosas, cuya historia se reduce por lo general á la de los personajes más influyentes ó más afortunados.

Aquel era asimismo el tiempo en que florecía el poeta Esquilo, quien despues de haber lidiado en Maraton, excitaba el sentimiento nacional con sus tragedias, santo empleo del génio. Representándose una de ellas en el teatro de Atenas, y al decir uno de los interlocutores: *Quiere mejor ser justo que parecerlo*, se fijaron en Aristides todas las miradas; tan general era la opinion que tenia el pueblo de su justicia. Al revés Temistocles, de carácter impetuoso y apasionado, habia sido desheredado por su padre como avezado al vicio; pero procuró borrar aquél baldon dedicándose al estudio de los negocios, tanto públicos como particulares, con intencion de llegar á ser el primer ciudadano de Atenas. Decia que los trofeos de Milciades no le dejaban dormir por lo mucho que ansiaba igualarle. De elocuencia fascinadora, de actividad infatigable, versado en el conocimiento de las leyes, en el arte de gobernar, tan hábil en política como en táctica militar, juntaba á un valor indomable en el campo de batalla y en los reveses una gran fecundidad de expedientes y de recursos. Luego que se proponia un asunto sabia marchar con fecundo paso sin ocuparse del camino que conducia á su logro; al contrario de Aristides, buscaba más el triunfo que la victoria, y queria mejor parecer virtuoso que serlo realmente.

Comprendiendo perfectamente Aristides (491-487) cuán peligrosas podian ser estas cualidades en un país libre, empezó á contrariarle desde sus primeros pasos, y se opuso á sus más ventajosas proposiciones por miedo de que adquiriese demasiado ascendiente en el gobierno de la república. Pero el hombre honrado sucumbe fácilmente cuando tiene que luchar contra el que sabe manejar la intriga. La confianza con que los atenienses se remitian á Aristides para conciliar sus diferencias, suministró un pretexto á sus enemigos para acusarle de aspirar á la autoridad suprema, y tal fué su insistencia que se le sujetó al juicio del ostracismo. Asiste en persona á la asamblea que se habia convocado para el efecto, cuando un ciudadano se acercó á él sin conocerle y le

rogó que inscribiese el nombre de Aristides en la concha que servia de voto para la condena. Aristides le pregunta: *¿Qué daño te ha hecho?* — *Ninguno*, repuso el otro, *jamás le he visto, pero me molesta oírle llamar siempre el justo.*

Fué desterrado y al alejarse pidió á los dioses que nunca le necesitase su patria. Desde entonces pasó el poder á manos de Temistocles, cuya voluntad era ley suprema. Pensaba en los medios de realizar el proyecto de Milciades, castigando á las islas infieles y espulsando á los persas de aquellas posiciones para asegurar á Atenas el imperio de los mares. Persuadió al pueblo á que emplease la plata de las minas del monte Laurio, que se gastaba comunmente en distribuciones públicas y en espectáculos, para equipar una flota de cien galeras. Al frente de estas fuerzas fué á atacar á Egina (486), cuyos piratas infestaban las playas de la Atica, y salió triunfante; luego se dirigió contra Corcira, también poderosa por mar, y obtuvo igual resultado; entonces surcó el Egeo como dueño absoluto, enriqueció al pueblo con el botin hecho en las expediciones, y recorrió toda la Grecia inculcando el pensamiento de mantenerse unida y de prevenirse contra todo evento, porque el incendio propagado poco antes por la Persia ardia aún bajo la ceniza y no tardaria en estallar nuevamente.

Con efecto, Dario habia juntado otro ejército para lavar la afrenta de Maraton, cuando una sublevacion en Egipto vino á estorbar su proyecto. Poco despues murió designando para que le sucediera á Jerjes, que tuvo en Atosa, hija de Ciro, su segunda mujer, y á la cual amó con más ternura.

Jerjes habia sido educado en el serrallo, su alma era buena, si bien carecia de energia; del poder soberano sólo conocia la pompa y el deleite. Su hermano Achemeno (485) se dirigió á someter el Egipto, y fué horriblemente maltratado. Animábase contra la Grecia, Mardonio, su cuñado (484), humillado por la derrota que habia sufrido; la familia de Pisistrato, deseosa de poder y de venganza, los Alénadas, príncipes desposeidos de la Tesalia, el adivino Onomácrita que ejercia grande ascendiente sobre el espíritu del monarca; sus consejos fueron oídos. Invirtieronse tres años en los preparativos necesarios; la alianza con Cartago ofrecia

medios de avasallar las colonias griegas de Sicilia. Todos los pueblos sometidos al *Schah* fueron llamados á presentar su contingente como para una guerra nacional (481); así cuando Jerjes se puso en marcha á través del Asia Menor, el Helesponto, la Tracia, la Macedonia, se engrosaba su ejército á cada paso.

Un dia se presentan delante de Jerjes dos espartanos, y despues de haber rehusado rendirle homenaje á la oriental, le dicen que habiendo dado muerte Esparta durante la otra guerra á dos de sus heraldos y temiendo haber irritado con semejante conducta á los dioses, iban á ponerse en sus manos á fin de reparar tamaño ultraje. Jerjes les dió por respuesta que si sus conciudadanos habian violado el derecho de gentes, él no imitaria su ejemplo, que no haria expiar el sacrilegio á sus enviados, y les despidió sanos y salvos. Procedió de la misma manera con tres exploradores atenienses; lejos de castigarles quiso que les enseñasen en detalle sus inmensas fuerzas, con el fin de que los más intrépidos se intimidaran y decayeran de aliento.

Con efecto, cincuenta y seis pueblos diferentes, moradores de muy distantes países, componian las fuerzas reunidas contra Grecia, todos á pié, á caballo ó por mar, llevaban el traje, las armas y la bandera de su patria: allí iban los indos, vestidos de telas de algodón, los etiopes, de pieles de leon, los baliucos negros de la Geodresia, las tribus nómadas de los mongoles y de la Bucoria, cazadores salvajes como los sargacios, sin más arma que un lazo de cuero; los medos y los bactrianos con magníficas vestiduras; los lidios montados en cuadrigas, los árabes en camellos, los fenicios en sus naves: por último los griegos de Asia. Nosotros, que en la época de la revolucion vimos á Francia armar cerca de un millon de soldados, no vacilamos en creer que el ejército de Jerjes ascendiera á un millon setecientos mil peones y cuatrocientos mil ginetes; á quienes seguia una multitud de criados, de mujeres, de marineros, de eunucos, formando entre todos cinco millones de almas: ejército semejante al de las Cruzadas ó al de Gengis-Kan.

Con barcas ancladas se construyó un puente entre Sextos y Abydos: destruyólo una tempestad y Jerjes mandó azotar al mar para cas-

tigarlo. Luego que se hizo otro nuevo puente tardó el ejército en cruzarlo siete dias, acosado como estaba por el palo, como van los cosacos contra un puñado de hombres libres. Jerjes le pasó revista en Dorisca, y es fama que lloró al pensar que al cabo de algunos años no existiria ninguno de los que componian aquella numerosa hueste. ¿Por qué no economizaba la sangre que estaba pronto á derramar profusamente? Como preguntase á Demarato, rey de Esparta, arrojado del trono por Cleomecio, y refugiado en el campamento de los persas:— *¿Se atreverán los griegos á aguardar á tantos enemigos*, oyó por respuesta:— *Los lacedemonios les aguardarán seguramente; son libres, pero obedecen á la ley y la ley ordena vencer ó morir.*

El mismo Damarato habia advertido oportunamente á los griegos del peligro; pero todavía no conocian aquella union que constituye la fuerza. A la primera intimaçion vió Jerjes doblegarse bajo su yugo á los macedonios que pocos años despues debian derrocar su imperio: hicieron lo mismo los etolios, los dolopos, eneos, perebos, locrios, melienos, phitotas, tebanos, magnesianos, beocios, á excepcion de los thespios y de los de Platea. Separáronse otros de la confederacion, ya por temor á los persas, ya por celos de Atenas; la pérdida de la Grecia parecia inevitable. Pero aún quedaban Atenas y Esparta. Vióse entonces lo que podia la representacion religiosa y la política de los anfictyones. Congregados en el istmo estimulan el valor de la nacion, envian embajadores á los aliados y á las colonias, imponen sacrificios á los sacerdotes y oráculos á la Pytia. Pretendian entre tanto los argios tener el mando de la escuadra, y como se les negara, se pusieron del lado de Jerjes (480). Ambicionábalo igualmente Gelon, rey de Siracusa, quien bajo esta condicion prometia considerables socorros, y habiéndole sido negado de la misma manera, se contentó con enviar un puñado de soldados para proteger á Délfos. Quedaron los cretenses y los corcinos como espectadores de la tragedia aguardando el desenlace; no pudieron menearse las colonias italianas en razón á estar amenazados por los cartagineses, aliados de Jerjes.

Adelantábanse los persas en tres cuérpos: uno seguia la costa, mientras los otros dos pe-